

Petros Márkaris

LA IRA DE LOS HUMILLADOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

PETROS MÁRKARIS
LA IRA DE LOS HUMILLADOS

Traducción del griego de
Ersi Marina Samará Spiliotopulu

TUSQUETS
EDITORES

Título original: Η βία της αποτυχίας (*I vía tis apotychías*)

1.^a edición: abril de 2025

© 2024 by Petros Markaris and 2025 by Diogenes Verlag AG, Zurich. Reservados todos los derechos excepto para la lengua griega.

© de la traducción: Ersi Marina Samará Spiliotopulu, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN:978-84-1107-603-6

Depósito legal: B. 3.985-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



—Nuestra prioridad absoluta será hacer frente a la agresividad, la violencia y la delincuencia en la sociedad actual. No es necesario que entre en detalles, lo habéis vivido y lo seguís viviendo todos los días. Por lo tanto, urge restaurar el orden y la seguridad en todo el país. Quiero que cada ciudadano sienta en todo momento que la policía está de su lado, lista para intervenir y ayudarlo. Por mi parte, contribuiré con todas mis fuerzas al cumplimiento de los objetivos que nos hemos marcado. Tenéis todo mi apoyo y recibiréis toda la ayuda que necesitéis. Debo dejar claro, sin embargo, que me mostraré severo e implacable ante cualquier intento de dilación o distracción de dichos objetivos.

El que habla es el nuevo ministro de Protección al Ciudadano. Hoy promete el cargo y nos ha convocado a una reunión para conocernos. Normalmente, las reuniones con los ministros son un lavado de cerebro, siempre con la misma agua y el mismo jabón.

En el salón de actos del ministerio nos encontramos unas veinte personas. A algunos los conozco bien, a otros solo de hablar alguna vez y de otros únicamente me suena la cara. En la primera fila están sentados el director con el subdirector y, a su lado, el jefe de la Dirección de Operaciones Policiales del Ática. Yo he preferido sentarme en las últimas fi-

las. Soy nuevo todavía en el cargo y no quiero que me cuelguen el sambenito de pretender impresionar al nuevo ministro.

El ministro se dirige al director.

—Señor director, quiero que los departamentos pertinentes presenten un informe sobre la organización y el funcionamiento de sus respectivas unidades, pero también sobre las carencias y los problemas a los que se enfrentan. Quisiera tener los informes encima de mi escritorio en un plazo máximo de tres días. En cuanto los haya leído, nos reuniremos con los jefes de departamento para analizar los problemas y trazar un plan de actuación estratégico.

Nos quedamos en silencio. El director no responde enseguida. Cuando abre la boca para hablar, resulta obvio que está haciendo un esfuerzo para contener el tono de voz.

—Señor ministro, los informes que solicita ya se encuentran en la secretaría de su despacho. Y no solo uno, sino varios. Cuando los haya leído, tendrá una idea de los problemas a los que nos enfrentamos y que se están cronificando. Entonces podremos analizar cuáles requieren medidas inmediatas y, posiblemente, su intervención personal.

—De acuerdo, pero los problemas cambian y se agudizan día tras día. Puede que las medidas que eran adecuadas hace cinco años estén desfasadas en la actualidad —contesta el ministro, molesto.

—Los problemas varían y se agudizan, pero las lagunas y las carencias persisten. Es precisamente aquí donde se encuentra la raíz de los males —responde el director, sereno.

La tensión del ministro aumenta con cada respuesta del director.

—De acuerdo, leeré los informes archivados y le llamaré. Pero una cosa debe quedar bien clara: los cambios se harán, aunque tenga que imponerlos de forma unilateral.

El ministro se retira, manifiestamente disgustado por el rechazo de su propuesta, y los demás vamos saliendo del salón de actos. La mayoría vuelven a sus respectivos departamentos. Solo quedamos el director, el jefe de la Dirección de Extranjería y yo, que acompañamos al primero a su despacho.

—Cada vez que nos convoca un nuevo ministro predica el mismo evangelio —dice Peratis, el jefe de Extranjería, después de sentarnos.

—Todos los ministros que llegan para hacerse cargo de un ministerio están en pleno vuelo —le explica el director con una sonrisa.

—¿En pleno vuelo?

—Sí. Sueñan con lo que harán en cuanto aterricen, con cómo organizarán las cosas. Los problemas empiezan cuando comienza el descenso y culminan con el aterrizaje en el sillón. Por eso, cuando me ha pedido los informes, le he sugerido que lea antes los que ya existen. Ha sido la pequeña luz roja que se enciende al iniciar el descenso. Mañana por la mañana, cuando haya aterrizado en el sillón, empezará a tirarse de los pelos.

Peratis y el subdirector sueltan una carcajada. El único que no ríe soy yo. Es la primera vez que asisto a la toma de posesión de un ministro. Lo que sabía de los anteriores siempre había sido a través de mis superiores o de los cotilleos.

—¿Cree que yo debería redactar un informe? —pregunto al director—. Soy nuevo y no hay informes míos en los archivos.

—Hay infinidad de informes de Guikas. Puede leerlos —me contesta él secamente.

No hay nada más que decir y la reunión ha terminado. A lo largo del trayecto de vuelta a Jefatura, sin embargo, mi

preocupación va en aumento. El ministro que acabo de conocer me ha dado la impresión de ser un engreído y un sabelotodo. Estos tipos, cuando se encuentran en apuros, se desentienden y echan las culpas a sus subordinados.

Si siguiera en el cargo el ministro anterior, el que había aprobado mi ascenso, no me preocuparía en absoluto. Con este nuevo, sin embargo, tengo mis reservas. No sé qué ideas le rondan por la cabeza ni hasta dónde está dispuesto a llegar. Cuando solo llevas unos pocos meses en el puesto de jefe de la policía del Ática, eres presa fácil. No me cabe la menor duda de que el director me respaldará. Lo que no sé es hasta dónde alcanza su influencia sobre el nuevo ministro.

Mientras voy pensando en ello llego a mi despacho.

—Alamanos ha preguntado por usted —me dice Stela en cuanto entro—. Ha dicho que es un asunto urgente y que necesita hablar con usted enseguida.

—Dile que venga.

Me sentará bien hablar con Alamanos, disipará las inquietudes que me acosan.

Desde que ha entrado en mi despacho, Alamanos está inquieto. Cada dos por tres se levanta y empieza a caminar de un lado a otro para intentar calmarse. Es la primera vez que lo veo tan alarmado. Normalmente no pierde la calma, ni siquiera en los momentos más tensos.

—¿Puedes explicarme qué se nos ha perdido a nosotros en las universidades? —me pregunta—. A este paso, pronto nos pedirán que vigilemos a los bebés y les pongamos las esposas cuando se echen a llorar. —Se detiene y me mira—. Tú, que eres el jefe de las Fuerzas de Seguridad del Ática, ¿puedes darme alguna explicación que me abra los ojos?

—Soy jefe de seguridad, pero nunca fui a la universidad y no sé cómo funciona.

—A lo mejor se lo puedo explicar yo, que estudié Derecho —interviene Antigoni.

—Esa es, precisamente, la razón por la que te he llamado. Como estudiaste en la universidad, quizás puedas aportar información útil.

—Las autoridades universitarias no quieren enfrentarse a los estudiantes —le explica Antigoni a Alamanos—. Temen que la situación empeore y que incluso los estudiantes más pacíficos se vuelvan en su contra. Por eso se lavan las manos y dejan que nosotros les saquemos las castañas del fuego.

—Eso ya lo veo, pero las castañas ya han saltado del fuego y abrasan al que pillan por delante —le contesta Alamanos, y se vuelve hacia mí—. El Ministerio de Protección al Ciudadano se ha convertido en una farmacia y nosotros somos las aspirinas. Allá donde hay dolor de cabeza, mandan una caja. —Se ha cansado de caminar de arriba abajo y vuelve a sentarse. Sin embargo, el enfado persiste y empieza a vociferar otra vez—. Como si no tuviéramos bastantes problemas ya, han puesto al mando de la Policía Universitaria a Meguinis, que siempre acaba liándolo todo, vaya adonde vaya.

El timbre del teléfono interrumpe la conversación.

—Preguntan por el señor Alamanos —me comunica Stella nada más descolgar.

Le paso el auricular y me quedo observándolo. En el transcurso de la llamada, su expresión se va ensombreciendo. Cuelga con un «Vale, ya voy», y se dirige a mí:

—Los desórdenes ya han rebasado el recinto universitario y ahora ocupan la avenida Patisión. Voy a movilizar las unidades motorizadas. Solo Dios sabe hasta cuándo tendremos que cortar el tráfico en la avenida y las quejas que vamos a oír de los comerciantes y los conductores.

—¿Sabes si los profesores siguen en sus puestos y si continúan las clases? —le pregunto.

—Se han interrumpido las clases y la mayoría de los profesores se han ido, según me han informado. Solo permanecen algunos que tenían tareas administrativas y otros pocos que se han quedado para reunirse con los estudiantes.

Se marcha con los nervios de punta. Estoy completamente de acuerdo con lo que ha dicho. Las aspirinas no calman los dolores fuertes. Hacen falta otro tipo de tratamientos.

—Me pregunto cuántas universidades extranjeras disponen de un sistema de vigilancia policial —le digo a Antigoni.

—Ya se lo digo yo, que lo he investigado: son cuatro. Dos en Estados Unidos y dos más en Japón. Ninguna en Europa. Todas las universidades europeas tienen su propio sistema de control de acceso y vigilancia.

Vuelve a interrumpirnos el teléfono. Esta vez es el subdirector quien llama.

—Hay disturbios en la Facultad de Economía y también en la avenida Patisión —me dice.

—Ya lo sé. Me acaba de informar Alamanos, que ahora mismo va hacia allí.

—Le ruego que vaya usted también para echar un vistazo; puede que necesiten instrucciones adicionales, porque hay riesgo de que los altercados se generalicen. Ya ha oído al nuevo ministro. Mejor estar preparados para lo peor.

—De acuerdo, voy enseguida. —Informo a Antigoni y le digo a Stela que me pida un coche patrulla.

La avenida Alexandras ya está atascada por el carril de bajada, mientras que por el de subida los coches avanzan centímetro a centímetro. El chófer pone en marcha la sirena, pero no sirve de nada. No queda espacio en la calzada para que se aparten los coches y nos dejen pasar. Los conductores comienzan a insultar y maldecir a todos, tanto a la policía como a los estudiantes.

El chófer consigue girar por fin en la calle Yenadíu y, desde allí, llegar a Lombardu para salir, después de mucho lidiar, al Campo de Marte. El carril de subida de Patisión está cortado con una barrera de coches policiales. Le pido que me deje bajar en Mavromatéon para poder seguir a pie.

Prefiero ver cómo anda la situación en la parte posterior de la facultad antes de comprobar cómo están las cosas por delante, en la avenida Patisión. A primera vista, todo parece tranquilo. Solo veo un par de grupos de jóvenes que están charlando y no parecen participar en la liberación de la uni-

versidad. Unos pocos agentes de policía vigilan la entrada desde dentro. Continúo hasta el final de la calle Mavromatéon y entro en Kodringtonos. Salgo a Patisión y cruzo a la acera de enfrente. Todas las tiendas que sobrevivieron a la pandemia han tenido que cerrar por culpa de los disturbios.

Me detengo delante de la vieja sede nacional de telecomunicaciones. La entrada de la facultad se encuentra dentro de un cerco policial que divide en dos el campo de batalla. Una parte se libra en el interior del recinto y la otra en Patisión, contra las unidades motorizadas. Tanto dentro como fuera de la facultad se corean las mismas consignas. Tres de ellas aparecen escritas en pancartas en el interior del recinto. La primera reza: FUERA LA PASMA DE LA UNIVERSIDAD. La segunda: LA DICTADURA NO VOLVERÁ. La tercera está escrita en un idioma extranjero que no entiendo, pero que al parecer dice: ¡NO PASARÁN!

Las buenas noticias no son favorables en todas las circunstancias. Estamos en diciembre y seguimos disfrutando del dulce otoño griego. Es un regalo caído del cielo, puesto que no tenemos que encender la calefacción ahora que los precios de los combustibles nos dejan temblando. La otra cara de la moneda es que el buen tiempo facilita las manifestaciones y los altercados. Miro a los jóvenes de dentro y fuera de la facultad. Todos llevan cazadoras ligeras. Si lloviera o hiciera frío, la situación sería más fácil para nosotros.

Una voz a mi lado me saca de mis pensamientos.

—La Policía Universitaria me recuerda a los reclutas de Putin.

Me vuelvo y veo a un cincuentón con traje y corbata. Lo que acaba de decir suena a comentario despectivo de un político de la oposición.

—¿Es usted político?

—No, soy profesor de la Facultad de Economía. La poli-

cía ha ordenado que nos alejemos los que no tenemos trabajo en los despachos, pero yo me he quedado para ver cómo evolucionan las cosas. Mi conclusión sigue siendo la misma: igual que los reclutas de Putin no tienen la menor idea de lo que es la guerra, nuestra policía no tiene la menor idea de lo que son las universidades.

—Esto no habría pasado si la universidad contara con sus propias normas y disciplina.

—Somos universitarios, nuestra misión es la enseñanza. No somos agentes de la ley y el orden —me contesta—. Salvo que prefiera que nosotros nos ocupemos de la ley y el orden, y los policías den clases en la universidad —añade con ironía.

—¿Quiere decir que en las universidades europeas, donde los rectorados tienen sus propios sistemas de control, los estudiantes obtienen su titulación de la policía? —le pregunta una joven de unos veinticinco años que está a su lado.

—Yo no he dicho esto —contesta el cincuentón secamente y se larga cabreado.

—Menos mal que no te ha preguntado cómo te llamas, podrías meterte en líos —le digo a la joven.

—Da igual, no estudio aquí. Estoy haciendo el posgrado en Bolonia. Da la casualidad de que me encuentro en Atenas y me he acercado para ver qué está pasando.

De pronto, me fijo en que Alamanos está plantado en la mediana de la avenida. Le hago señas con la mano para que me vea, y se acerca enseguida.

—Hay dos frentes de batalla, tal como me esperaba —le digo.

—Sí, cuando ha comenzado la concentración en Patisión, hemos cerrado la entrada para impedir la comunicación entre las dos agrupaciones. En el recinto de la facultad las cosas se han calmado. Hay estallidos ocasionales, pero se

desinflan rápidamente. El jaleo está en Patisión, como tú mismo puedes ver, aunque esto es lo habitual. Las protestas más violentas siempre tienen lugar en plazas y arterias centrales.

—¿Has hablado con Meguinis?

—Sí. Primero se han asegurado de que los despachos del rectorado y las dependencias administrativas estuvieran fuera de peligro, para que no entren los estudiantes y arrasen con todo. Lo han intentado varias veces, pero han fracasado y han quedado encerrados en el recinto. Por eso se ha calmado la movilización en el interior. El rectorado era su objetivo, pero no se han salido con la suya.

—¿Cómo valoras la situación? ¿Hay riesgo de que los altercados se expandan a otros puntos?

—Aún es pronto para prever cómo evolucionarán las cosas en Patisión. En cualquier caso, no creo que podamos restablecer el tráfico pronto. Pero lo que me preocupa es otra cosa.

—¿El qué?

—No descarto que los que están encerrados en el recinto intenten salir por la calle Mavromatéon para dirigirse a la Politécnica, que entren y destrocen todo lo que se encuentren por delante. Ya he dado instrucciones para que una unidad motorizada cierre la salida posterior. También he pedido refuerzos de los antidisturbios. Las fuerzas que tenemos aquí no son suficientes.

—Le sugiero que vayamos por Mavromatéon y, desde allí, a Evelpidon —me dice el conductor una vez que he vuelto al coche patrulla—. Quizás encontremos menos tráfico.

Su planteamiento resulta acertado y llegamos antes a Jefatura. En cuanto entro en mi despacho llamo al subdirector para informarle.

—Éramos pocos y parieron las universidades —comenta él.

No le respondo, porque empezaría una discusión que no se puede tener por teléfono. Será mejor hablar cuando nos veamos.

Consulto mi reloj. Son las seis. Decido bajar la persiana e irme a casa. Ya es hora de relajarme y recobrar la tranquilidad. No me quedan fuerzas siquiera para ver a mi nieto.